

OBEDECER CON DOCILIDAD

Rebeca Reynaud

Una de las señales más claras de andar en el buen camino es el deseo de obedecer (Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Super Epistulam ad Philipenses lectura*, 2,8).

San Juan Crisóstomo escribe: “Dios no necesita de nuestros trabajos, sino de nuestra obediencia” (*Hom sobre San Mateo*, 56).

Esta virtud nos hace muy gratos al Señor. En la Sagrada Escritura leemos: **mejor es la obediencia que las víctimas** (I Sam, 15,11). Génesis 1, 1-5: Dijo Dios: haya luz. Y hubo luz...

1 Samuel 15, 10-23: Dios le pide al rey Saúl que queme las pertenencias de los amalecitas. Saúl quema lo que es “inútil y sin valor”. Samuel le dice que la desobediencia es como idolatría. La obediencia es culmen de toda religión. Y comenta San Gregorio: “Con razón se antepone la obediencia a las víctimas, porque mediante la obediencia se inmola la propia voluntad” (*Moralia*, 14).

La misma Iglesia ha sido fundada sobre la obediencia: *Quien os escucha a vosotros, me escucha a mí, y quien os rechaza a vosotros, a mí me rechaza* (Lc 10, 16; cfr. Rom 15, 8; Heb 13, 17). , La Iglesia ha atestiguado desde siempre el valor moral y la eficacia salvadora de la obediencia.

¿Cuál es el bien de la obediencia? Es unir nuestra voluntad a la de Dios, por consiguiente la victoria de Dios acontece en mi vida. ¿Cómo encuentro la voluntad de Dios? Es allí donde nos enredamos. Los dos problemas fundamentales de la obediencia son cuando uno plantea la voluntad propia contra la voluntad de otro (oposición de voluntades). Pocos quieren oponerse a Dios, pero sí pueden oponerse a una autoridad superior. Sigo queriendo lo que quería pero hago lo que me dicen; hacer lo que no quiero es lo que rompe el alma (hago lo que me dicen): es una obediencia externa.

Desde el Génesis aparece la obediencia: La palabra se pronuncia y el hecho acontece. “Las palabras de Dios son obras”, decía Santa Teresa. La palabra es la expresión externa de la idea (va de la cosa a la mente), pero para la creación la palabra está en la mente divina (va de la mente a la cosa). Dice Santo Tomás que la idea tiene tres lugares: la mente divina, la realidad creada y la mente humana.

Dios, dueño de todo, ha elegido no tener tu voluntad si tú no se la entregas, por eso la obediencia es el acto supremo de amor, porque sin obediencia hay una parte de la creación que no es dócil.

Dios ha creado los pájaros para que cantaran y cantan, y ha creado al hombre para que le obedezca y le dé esa ofrenda, y no siempre obedece. Santa Catalina de Siena dice: Los más extremos ayunos pueden ser homenaje al demonio si no se hacen por obediencia, son un modo de exaltar el yo. La desobediencia hace inútil el sacrificio.

Salmo 33, 6-12: *por la palabra de Dios fueron hechos los cielos... El Señor anula los planes de las naciones, vuelve vanos los proyectos de los pueblos. Pretender*

acoger la palabra sin acoger el Espíritu desvirtúa la obediencia. Tampoco se puede obedecer acogiendo el espíritu e ignorando la palabra.

La razón por la que “la palabra del Señor se impone sobre el consejo de las naciones” ¿es porque tiene un garrote más grande? El poder del mafioso se establece dentro de lo que ya existe. En cambio el poder de Dios es un poder que hace ser, ¿qué hacer ser qué? Todo, yo y tú. Si Dios me ha hecho a mí sólo Dios conoce mi bien y el camino hacia mi plenitud, sólo Él puede completar lo que Él empezó. El poder de Dios es el poder del Creador, por eso la obediencia que se tiene ante Dios es absoluta, sólo Él sabe plenamente cuál es mi verdadero bien.

Por otra parte, el Señor nos enseña que obedecer a sus palabras es manifestar que se le ama: *El que me ama guardará mi palabra... El que no me ama no guardará mis palabras* (cfr. Jn 14,23- 29). Es una advertencia muy clara que no admite acomodadas interpretaciones.

San Ireneo de Lyon escribe: “La Virgen María recibió maravillosamente del Ángel su anuncio según la verdad (...). Así como Eva fue seducida por las palabras de un ángel para escapar al dominio de Dios y despreciar su palabra, así María recibió el anuncio de las palabras de un ángel a fin de que llevara a Dios haciéndose obediente a su palabra. Y si aquella desobedeció a Dios, ésta aceptó obedecer a Dios, a fin de que la Virgen María se convirtiera en la abogada de la virgen Eva” (*Adv haer.*, V, 19,1).

Alejandro Farnesio (1545-1592), tercer duque de Parma, fue el militar sobrino de don Juan de Austria, que, cuando se reunieron para ver el plan de ataque de **labatalla de Lepanto**, él fue el único que no estuvo de acuerdo con lo que planteó don Juan, y sin embargo le pidió comandar él la batalla, y tuvieron el éxito que esperaban; ejemplo de unidad, de saber ceder, de hacer nuestro el parecer del otro, y de la eficacia que eso tiene.

A San Juan Pablo II le preguntaron: “¿Qué hace en su tiempo libre?”. Contestó: — “Todo mi tiempo es libre”. ¡Esa es libertad de espíritu!

En la obediencia voluntaria, libremente aceptada y querida, ejercitamos la verdadera libertad, la libertad de los hijos de Dios. “Cristo, a quien el universo está sujeto —comenta San Agustín—, estaba sujeto a los suyos” (*Sermón*, 51, 19). Toda la vida de Jesús fue un acto de obediencia plenamente libre a la voluntad del Padre: **Yo hago siempre lo que le agrada** (Ioann, 8, 29), afirmará más tarde. Y en otra ocasión declaró a sus discípulos: **mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra**. San Pablo nos pone de manifiesto el amor de Jesucristo a esta virtud: siendo Dios, **se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz** (Philip, 2,8).

“La obediencia es lo contrario de la soberbia. Mas el Ungido del Padre, venido del cielo para salvarnos y sanarnos de la soberbia, se hizo obediente hasta la muerte en la cruz” (Garrigou-Lagrange)[1].

Nada aborrece tanto el demonio como la obediencia; nada glorifica él tanto como la “propia iniciativa” y la independencia personal. La última obediencia es la que se oirá así: “Venid, benditos de mi Padre...”. Dios te llama a compartir su casa si quisiste ser parte de su Reino. El que se deja sanar el corazón quebrantado, se encuentra en el número de las estrellas.

[1] R. Garrigou-Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*, vol. II, p. 683.